

A propósito de un libro de Eduardo Subirats

D. Eduardo Subirats Rüggeberg, filósofo según me cuentan, y catalán por añadidura, ha escrito un libro sobre el Continente americano titulado "El Continente vacío" (Anaya, 1994). Se trata de un discurso filosófico que ha de llamar la atención de nuestros intelectuales más interesados en el asunto americano. Eso sí, Subirats arrasa con casi todo lo que los españoles hemos hecho en aquel Continente, la conquista espiritual del indio, el mestizaje, la colonización, y lo que llama el uso imperialista del idioma, etc. Parece desconocer la historia de España y, desde luego, intenta contradecir al maestro Américo Castro quién, en su obra cumbre ("La realidad histórica de España", Porrúa, Méjico 1965), dice que "cuando España perdió sus dominios americanos en 1824, los españoles de Hispanoamérica pudieron recibir casi íntegra la herencia de tres siglos de colonización civilizadora, a pesar de los tenaces ataques de Inglaterra, Francia y Holanda" (pág. 77). El Sr. Subirats afirma que "el corazón de este libro es, más bien, un homenaje a la obra del primer intelectual y del primer exilio latinoamericano: el Inca Garcilaso. Subirats, a través de su libro, utiliza todos los resquicios que la obra de Garcilaso le permite para ir desgranando el odio y la injuria contra la obra de España en América. Realmente la única contribución positiva del libro en relación con esto es cuando dice que "la colonización arrancaba también un decisivo impulso religioso. Movía el afán de riquezas, pero también la fe" (78). Por lo demás, se trata de un conjunto de falsedades y medias verdades sobre la acción española, a la que define como "la historia de la infamia hispano-americana" (91).

El autor nos quiere hacer ver en sus páginas la miseria centenaria (quintocentenaria mejor dicho) por "la herencia de cinco siglos de destrucción de la riqueza espiritual de un pasado en gran medida muerto, y de explotación y expolio continuados y persistentes..." (19), lo que nos lleva a recordar algo de lo que hemos expuesto a lo largo de nuestra obra. Escuchemos sus negras palabras en las que habla de "Cita inmensa de una conversión en ruinas, quizás de un proceso colonizador fracasado..." (21), y de "la destrucción de la memoria histórica, la cristianización violenta como sistema de eliminación de las formas de vida socialmente definidas..." (26); en fin del gran etnocidio americano de nuestros violentos colonizadores ("la bestialidad con-

quistadora" dice). Subirats parece adherirse a la tesis del antropólogo peruano Luis Lumbreras, para quien "la colonización había fracasado porque no había dejado tras de sí un auténtico orden civil, una auténtica civilización propia, ordenada, armónica, en el lugar de las ruinas de las altas civilizaciones destruidas" (41). Habría que preguntarle al intelectual americano qué fue lo que hicieron los gobernantes de las nuevas Repúblicas una vez conseguida la independencia y dónde estaban aquellas "altas" civilizaciones destruidas.

Niega el concepto del "llamado Descubrimiento", tachándolo de "cristiano" y obsoleto (34 y 449), criticando el hecho de la conmemoración de su "V Centenario" a la que denomina "apoteosis trágico-cómica" (498). En el libro se repiten algunos de los ignominiosos grabados de Teodoro de Bry (para quien Subirats explica que son "un alegato indirecto contra la guerra santa") sobre la presunta actuación de los españoles en el Nuevo Mundo. Es curioso este hecho porque uno de los grabados se refiere a los pobres "indios que desfallecen bajo sus fardos". Y más que curioso es sarcástico, puesto que ese mismo hecho se viene produciendo en nuestros días (ejemplo que nos dá la obra de J.H. Elliot, editor, "El Mundo Hispánico" 1991, con una fotografía en su página 71). Para Subirats "la perspectiva de De Bry era moralizante" (130-133). Es ilustrativo, al efecto, la crítica benévola que el Sr. Subirats hace de estos grabados sobre los que asegura que "ni las representaciones tradicionales del infierno y del Juicio Final medievales, ni el motivo pictórico de la Matanza de los Inocentes, habían ofrecido con anterioridad un espectáculo tan impresionante de depravación moral en la historia del arte occidental" (132). Eso, añadiríamos, se lo debemos a la "genialidad" de De Bry y a sus muchos seguidores, que falsifican de esa manera nuestra historia y se avergüenzan de su condición de españoles. Ya hemos hecho ver claramente en esta obra nuestra sobre el Genocidio que los españoles podemos mirar a todos los demás pueblos colonizadores por encima de los hombros y despreciarlos.

Refiriéndose a las obras de Las Casas dice de éste que "fue ciertamente el diabólico crítico de la cultura española. Para la cultura española toda actitud crítica ha tenido y tiene algo de satánico". Estamos de acuerdo con la primera frase, más no con la segunda, según hemos expuesto en el capítulo dedicado al Genocidio y al Padre dominico español (153). Haciendo un paralelo con el Padre Bartolomé de las Casas, denomina "destrucción de las Indias" a la destrucción de "los vínculos comunitarios que sostenían aquellas normas de vida, aquellos dioses, aquella concepción mágica y mimética de la naturaleza y la participación del orden humano en un orden cosmológico... La destrucción es un momento constitutivo del mismo proceso civilizador" (258).

Hace Subirats una ardiente crítica de la situación actual del indio hispanoamericano, triste por demás, y que ya comentamos en el lugar correspondiente de nuestra obra. No obstante, como buen filósofo y argumentista, el Sr. Subirats hace recrear el

hecho actual de los asesinatos, desapariciones y avasallamientos de los indios como una sucesión ininterrumpida desde la dominación española (25-44), lo que estimamos totalmente injusto.

Ignora la labor de la Iglesia Católica o, más bien, la rechaza por sus nefastas consecuencias. "Colonizar, en el sentido cristiano de la palabra, significaba destrucción, fragmentación y vaciamiento de un continente" (222). Arremete contra la Iglesia católica en cuanto a la confesión del pecador al considerar que "este sacramento fue el medio privilegiado de la extirpación de la memoria" (213), lo que "solo es equiparable, en el contexto de las estrategias coloniales, con el bautismo compulsivo" (208). Denomina al Evangelio la "nueva palabra, la palabra Verdadera, era, al mismo tiempo, la palabra que clausuraba la memoria y la comunidad bajo el estigma de la "perturbación" y el "espanto" (108). Con la Iglesia "se generaba el orden de una doble realidad y una "doble moral". La libertad, la igualdad y la salvación en el cielo, y la servidumbre y la desigualdad en la tierra (51). Subirats demuestra un exquisito desconocimiento de la acción de la Iglesia en la América española al acusarla de utilizar a los tribunales de la Inquisición (407), de la violencia institucional de la Inquisición (115), de la vigilancia y represión inquisitoriales (362), y de los visitadores y jueces de la Inquisición... etc. (207), cuando es bien sabido que este tribunal no actuó contra los indígenas, precisamente por creerlos intelectualmente menores de edad; sólo contra los herejes españoles en América. Subirats, con su rico y variado léxico filosófico nos adentra en lo que llama la "lógica de la colonización", "por medio de la cual se instauró un principio de dominación y dependencia sobre las comunidades y la existencia individual del indio". Para él, "la lógica de la colonización es en primer lugar una teología de la colonización" (80).

El mestizaje, creación única de la civilización española y hecho criticado exacerbadamente por todos los racistas del mundo, tiene en el Sr. Subirats su correspondiente crítica negativa. Para él, "el mestizo es un aspecto de la violencia conquistadora, proyectado a la vida sexual" (373). Y explica además que "la mentira del mestizaje era, para ellos, como también lo formuló en la ocasión Darcy Ribeiro, un doble ardid: a la vez principio exterior de colonización revestido con el propio color de la piel y la misma lengua, e instrumento brutal de vasallaje y destrucción" (47). Y en este sentido asevera que "la violencia colonizadora cerró abruptamente el proceso histórico de las civilizaciones americanas y las sometió a una temporalidad histórica y a una racionalidad exteriores" (348).

Subirats, aparte de utilizar los manidos términos de "masacre" y "América Latina", se refiere, por último al genocidio americano. Así, habla claramente de "las masacres y guerras de expolio, en la esclavización o el terror de las minas, en fin, en el genocidio" (288). También habla del mismo al referirse a "la misma justificación del genocidio en nombre de los pecados de gentilidad cometidos por el indígena americano..." (96).

En fin, los lectores se habrán dado cuenta ya de que pie cojea este ilustrado filósofo. Lo malo para él es que sus lectores van a encontrarse con un libro tan farragoso, tan filosófico y tan rencoroso que sospecho van a quedarse a medio camino de su lectura. Es un consuelo para los que hemos luchado para probar la falsedad de la Leyenda Negra hispanoamericana.

Juan Luis BECEIRO